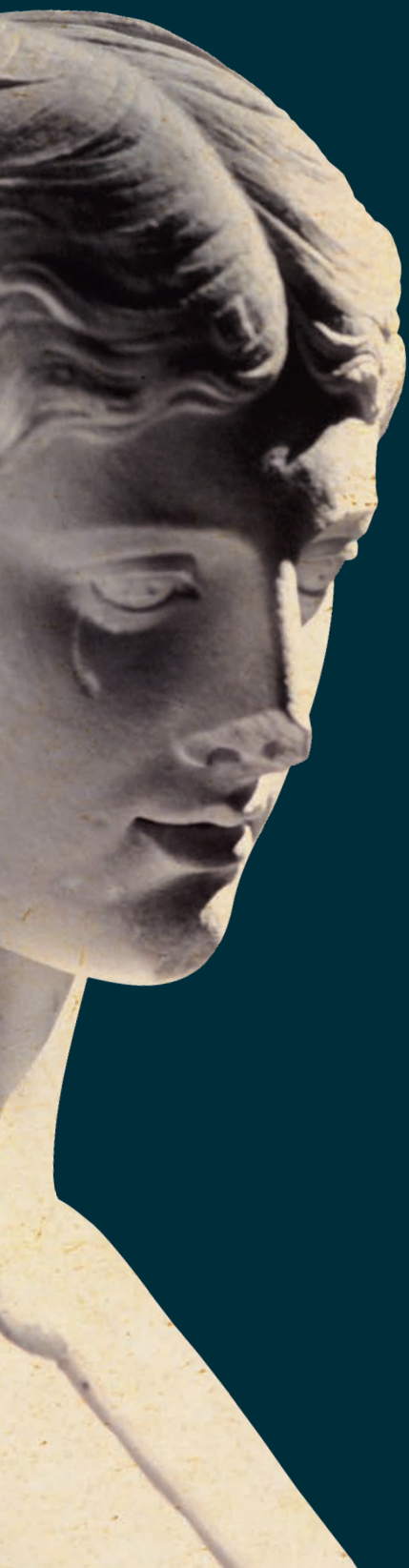




DAVID HERNÁNDEZ
DE LA FUENTE

—

EL
DESPERTAR
DEL
ALMA

—

DIONISO Y ARIADNA:
MITO Y MISTERIO

Ariel

David Hernández de la Fuente

El despertar del alma

Dioniso y Ariadna:
mito y misterio

Ariel

Primera edición: junio de 2017
Primera edición en esta presentación: mayo de 2025

© 2017, David Hernández de la Fuente

Derechos exclusivos de edición en español:
© 2025, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3881-1
Depósito legal: B. 7.564-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Presentación: Dioniso y el despertar de Ariadna	15
Primer despertar: Dioniso	25
1. Quién es Dioniso (o quiénes son)	28
2. Antigüedades dionisiacas.	30
3. Nacimiento de Dioniso	35
4. La imagen mestiza	39
5. El niño dios.	41
6. Viajes e iniciaciones	47
7. Hospitalidad y rechazo	50
8. Las mujeres de Dioniso	53
9. Mitos dionisiacos y sociedad	56
10. El misterio de Ariadna	73
Segundo despertar: utopía	79
1. La Edad de Oro	82
2. El eterno retorno	85
3. Hacia un Dioniso utópico	87
4. Superabundancia, igualitarismo y subversión. . .	90
5. Dioniso en Platón	92
6. Dioniso en la ciudad de las <i>Leyes</i>	100
7. Los misterios filosofizados	106
8. Utopía dionisiaca en Roma	110
9. La Edad de Ariadna	115

Tercer despertar: Ariadna	119
1. Orígenes de Ariadna: la princesa cretense	120
2. ¿Una Ariadna semítica?	127
3. Ariadna y la narrativa popular	130
4. El abandono del novio humano	134
5. La llegada del novio divino	138
6. La unión con un dios y el amor redentor. . . .	142
7. La revelación cíclica de muerte y amor	148
8. Luz, mar, Naxos	153
9. De mujer a diosa. De diosa a mujer	155
10. El culto a Ariadna: bodas y funerales.	159
11. Imágenes de Ariadna	165
12. La apoteosis de doble dirección	184
13. Ariadna y los misterios	189
14. El alma: la novia iniciática	194
 Cuarto despertar: resurrección	 201
1. Panorama del paganismo tardío.	202
2. El éxito del Dioniso tardoantiguo.	204
3. Un Dioniso neoplatónico	208
4. Hacia un Dioniso-Cristo	216
5. En busca del alma perdida: el Dioniso-Cristo y Ariadna	222
6. Iconografía del Dioniso-Cristo	227
7. Poesía del Dioniso-Cristo.	237
8. La Ariadna de Nono de Panópolis	241
 Quinto despertar: tradición	 249
1. Recepción y metamorfosis del dionisismo	250
2. Precedentes de la recepción estética de Dioniso y Ariadna	254
3. Ariadna romántica y simbolista	262
4. Arcaísmo, decadentismo y una Ariadna onírica .	271
5. Dioniso en escena: el teatro del siglo xx	278
6. La mujer dionisiaca: poesía y novela.	288
7. Apuntes sobre Ariadna en el cine.	292
8. Dioniso y Ariadna en la literatura española . . .	295

Sexto despertar: interpretación.	309
1. El retorno del dionisismo en 1872	311
2. El Dioniso y la Ariadna de Nietzsche.	319
3. Dioniso en el esquema europeo del progreso . .	325
4. Lo dual y lo femenino.	332
5. Una sociología del dionisismo	337
6. Dioniso y el regreso a los orígenes	344
7. Dioniso utópico y político	350
8. Los otros Dionisos: arte, literatura e investigación	354
9. <i>Finale</i> : las máscaras de Ariadna	357
Agradecimientos	365
Abreviaturas	367
Notas	371
Bibliografía	407
Índice de imágenes	435
Índice de nombres	441

Primer despertar: Dioniso

Cuando entre 1520 y 1523 Tiziano dedicó a Baco y Ariadna el lienzo que hoy día se encuentra en la National Gallery de Londres (figura 1), que fue pintado originalmente para Alfonso I d'Este, duque de Ferrara, se inauguraba una manera innovadora de representar los mitos clásicos a partir de textos antiguos que surgía de la preocupación por representar con la mayor fidelidad posible las leyendas de la tradición clásica.

Hacía no mucho que se habían empezado a imprimir textos griegos y se estaba recuperando el legado de la religión griega para la cultura europea occidental después de tantos siglos de silencio. Para representar el legendario encuentro del dios del éxtasis y la embriaguez y la que habría de ser su celeste y consagrada consorte, el artista italiano se inspiró en la iconografía antigua, como los sarcófagos que hay en los Museos Vaticanos, pero también en las fuentes literarias que, desde las *Metamorfosis* de Ovidio al *Trionfo de Bacco e Arianna* de Lorenzo el Magnífico (1490), habían recogido el tema.¹ Pero seguramente nadie con anterioridad había sabido captar como Tiziano la fuerza de ese momento de reconocimiento entre Baco y Ariadna que queremos tomar como hilo conductor; el despertar de la joven cretense a la nueva vida que le procuraba el dios más fascinante de la Antigüedad y el que sin duda ha tenido un *Nachleben* más vivaz en la historia de nuestra cultura. Tradicionalmente, la pintura sobre cerámica griega o los numerosos mosaicos romanos que tratan el tema habían insistido en una Ariadna durmien-



Figura 1. Tiziano, *Baco y Ariadna*, 1520-1523. National Gallery, Londres.

te (figura 2), observada por un dios del vino que, a modo de *voyeur*, admiraba su belleza silente y semidesnuda, dormida sobre la hierba en aquella isla cicládica donde la había abandonado el desleal Teseo tras recibir su ayuda en su combate contra el Minotauro.

La figura de Ariadna dormida, como en la famosa estatua de los Museos Vaticanos (figura 3), había proliferado especialmente en la historia de las artes. Esta mujer, cuyo sueño presagiaba una apoteosis iniciática, pasaba a ser en diversas relecturas una joven dinámica que reaccionaba casi con violencia, como siglos después glosaría Nietzsche en sus *Dionysos-Dythiramben*, frente al despertar y al rescate al que *nolens uolens* quería someterla Dioniso como dios desconocido, vengador y salvador, aquel que viene a despertar a los que duermen. Pero Tiziano nos puede decir mucho más con



Figura 2. Dioniso descubre a Ariadna en Naxos. Mosaico del siglo iv. Museo Arqueológico de Tesalónica.



Figura 3. *Ariadna dormida*. Copia romana del siglo II de un original griego de época helenística. Museos Vaticanos, Inv. 548.

su imagen de Baco y Ariadna que mil estudiosos de religión y filología griega: su salto no solo anticipa el Barroco en las artes, sino que evoca toda la potencia de la salvación dionisiaca en Naxos.²

1. Quién es Dioniso (o quiénes son)

Dioniso, como dios arquetípico de la disolución y amalgama entre niveles diferentes de la humanidad y la divinidad, ofrece una transformación de la individualidad a través de la historia cultural de la Antigüedad que podemos leer hoy también dando cuenta de todo el peso de la recepción de sus mitos. Lo interesante de proponer ahora una nueva mirada al mito o, por decirlo mejor, con Nietzsche, «otro comienzo» (*ein anderer Anfang*), es que podemos reexaminar lo antiguo con las herramientas y los métodos de lo moderno. Para ello hay que hacerse eco de lo que representa Dioniso más allá de la apariencia como un reto, en un sentido que podemos retomar desde el Renacimiento, con el vigor de Tiziano, empezando a examinar los mitos de la epifanía del dios en la época arcaica y clásica.

No cabe dudar de que Dioniso era el más importante de todos los dioses por su interacción con los humanos y acaso el más interesante por la manera en que acercaba a los hombres a la categoría divina. Hijo de Zeus y de la mortal Sêmele, que muere abrasada por el rayo al pedir a su divino amante que se le mostrara como dios; gestado por su padre entonces en su muslo, Dioniso es el dos veces nacido. La primera, del vientre de su madre cuando aún no estaba maduro, obligado por el fuego de su padre, un viejo procedimiento mítico para otorgar inmortalidad. La segunda, directamente del muslo del dios más poderoso. Hera, esposa de Zeus, celosa del nuevo hijo bastardo de su marido, hará de Dioniso un dios loco (*mainómenos*) que vagará por el mundo produciendo locura y extrañamiento con su cortejo de sátiros y silenos, seres animalescos y semihumanos, y ménades, mujeres enloquecidas (*mainades*), regentando sus rituales extáticos.

Dioniso es también el niño dios por excelencia, el hijo del padre, y aparece tempranamente relacionado con la herencia del dios supremo. No en vano, Zeus, su padre, según algunos mitos, pasaría su cetro al dios niño Dioniso Zagreo, concediéndole la más alta dignidad. Quizá se le pueda consi-

derar el más antiguo símbolo de la vida en el mundo helénico y tiene por lo demás honda raigambre y gran influencia en los mitos que se han transmitido como base del hecho religioso griego. Así lo sugiere también la idea de la renovación perpetua que transmite su figura de niño dios y dios niño, que atraviesa las edades y encarna el ciclo de la regeneración. Ora descrito por Nietzsche como representante de la afirmación de la vida pura o como impulso inexplicable, ora por Plutarco como dios de la naturaleza regenerada y señor de toda naturaleza húmeda o por Cicerón como el dios de los muchos nombres y las formas variadas, todavía hoy nos parece la divinidad del panteón griego más fascinante para la modernidad por todo lo que tiene aún que decir y por todas las postrimerías e interpretaciones de su peripecia mítica y de su culto religioso.

Tras la época clásica, además, los mitos sobre Dioniso evolucionarán con la expansión de la cultura griega bajo el helenismo y el dominio romano, difundidos por Oriente, merced a antiguas asimilaciones con otras divinidades como Osiris. En época cristiana, la leyenda de Dioniso se leerá en paralelo a la de Cristo, como encarnación del hijo del Dios padre y símbolo del *logos*. El mitema del dios que muere y es consumido para la salvación de los hombres, además de la metáfora común de la sangre y el vino, emparentará sin remisión ambas figuras; el del alma mortal que duerme y es despertada y divinizada por una boda otorgará a Ariadna un simbolismo muy claro igualmente. Puede que Dioniso siga vivo en cierto modo en los ritos y mitos del cristianismo pero, en todo caso, a partir de ahí ha ejercido un influjo innegable en toda la historia de la cultura —pienso en Dioniso como símbolo de todos los misterios, también los cristianos, en general, en el simbolismo alemán desde el *Dionysus, de rerum bacchicarum originibus* (1808) de Creuzer a esta parte.

En lo que sigue se estudiarán los mitos que definen a Dioniso como dios profundamente griego y, por ende, totalmente inserto en la cultura occidental, pese a las interpretaciones que lo han tratado como anomalía o elemento foráneo. Como

tal figura autóctona, hay que resaltar sus importantes implicaciones sociales y políticas, a las que no fue insensible en absoluto la filosofía.³ De hecho, el problema histórico de la religión dionisiaca siempre fue integrar en la comunidad humana a este dios afeminado, pseudoextranjero, de la subversión y el extrañamiento temporales, de la máscara utópica y áurea y, en cierto modo, de la política. Dioniso ayuda a todo el mundo a participar de lo divino en su éxtasis, que va más allá de lo democrático e incluye a mujeres y esclavos. La cerámica ática de los siglos VI y V a.C. representa la conexión de Dioniso con la democracia con variadas referencias a su mito y culto. La ley religiosa y humana quedaba un tanto en suspenso durante los festivales dionisiacos, cuando volvía momentáneamente la sobreabundancia áurea y el igualitarismo a la tierra. Para la civilización griega suponía un paréntesis ritual y catártico para la ciudad en que se permitía ir más allá de los límites pero, siempre también, para retornar a la seguridad de estos. Muchos son los matices éticos y filosóficos del dionisismo, que se pueden enmarcar bien en la idea *homoiosis theó* o «asimilación al dios» del pitagorismo ético y de la filosofía platónica, merced al incuestionable protagonismo de Dioniso, en su mito y culto, entre los dioses que rigen la vida cíclica y la aproximación de las esferas divina y humana. En cualquier caso, la mitología dionisiaca se refleja en una abundante literatura que se comenzará por recoger y sistematizar de forma panorámica, para mostrar el marco general de un dios que es uno y a la vez múltiple, según un esquema recurrente del pensamiento griego: como decía Cicerón, *Dionysos multos habemus*.⁴

2. Antigüedades dionisiacas

Dioniso, como dios de la naturaleza, no solo es el dios dos veces nacido sino también el que mejor conoce el funcionamiento de la vida cíclica —la *zoe* en el sentido kerenyiano— y la transformación que implica la muerte y el renacimiento en

perpetua alternancia, así como representa el éxtasis de la naturaleza al florecer gozoso y con el cruel fenecer en el invierno. Dejando aparte sus inicios en la época micénica,⁵ sobre los que poco se puede decir a ciencia cierta, quizá Dioniso sea, a partir del arcaísmo, una respuesta religiosa griega a la aparente fragmentación y ruptura de nuestra realidad, junto con su par Apolo —cuya etimología popular lo relaciona con lo no múltiple (*a-pollon*)—, que refleja el esquema del pensamiento antiguo que trata de conciliar lo uno y lo diverso. En el caso de Dioniso, en cuyos orígenes también se puede indagar la antigua pulsión de los comienzos de las religiones, tal y como la estudia Eliade (1957), se establecen unos vínculos de control sobre la naturaleza y una integración del caos a través de ciertas divinidades simbólicas que debían ser aplacadas para mejor conocer y utilizar esos ciclos. Sin duda Dioniso, y también otras figuras clave de las religiones místicas, se encuentran entre esas divinidades.

La antiquísima onomástica de ecos dionisiacos que ya aparece en las tablillas micénicas de Pilos y también sus primeras apariciones estelares en la cerámica griega arcaica —por ejemplo, en el vaso François (figura 4)— como el único dios que nos mira de frente, sirven para descubrir ese vínculo primordial entre los hombres y el mundo de la divi-

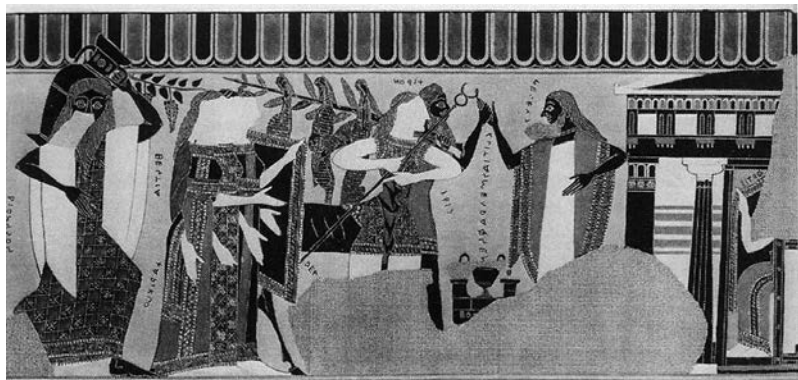


Figura 4. Vaso François. Crátera ática de figuras negras, c. 570 a.C. Detalle: Dioniso en procesión por las bodas de Tetis y Peleo. Museo Arqueológico de Florencia, n.º 4209.

nidad. Dioniso era conocido ya por Homero, quien le considera un dios que procura el «goce de los mortales», en referencia al don del vino.⁶ Las escasas menciones de Dioniso en comparación con otros dioses han sido bien explicadas por Privitera (1970) mediante la probable existencia de un corpus de poesía dionisiaca de ámbito propio. También esta faceta de consuelo del vino a los seres humanos es citada por Hesíodo en un sentido importante para su épica didáctica de los ciclos agrícolas del arcaísmo griego.⁷ El don de Dioniso es conocido y ponderado muy positivamente por la lírica arcaica de un Arquíloco, un Alceo o un Anacreonte, y el canto al éxtasis del vino se hará un hueco muy relevante en las composiciones poéticas. En la presencia de figuras divinas en la cerámica arcaica de los siglos VI a V a.C. se ha constatado una abundancia de los personajes de la corte dionisiaca, triunfante en la ebriedad de sátiros y silenos que transportan el vino o sirven en el banquete al dios y a su consorte, atrayendo irresistiblemente la atención del espectador (figura 5).



Figura 5. Komos atendiendo a Dioniso y Ariadna, entre otras figuras, en una copa de figuras negras atribuida al Pintor de Codro, c. 440 a.C. British Museum, Londres, E 82.



Figura 6. Dinos ático de figuras negras de Sófilo. Detalle: Dioniso en procesión por las bodas de Tetis y Peleo, 570-580 a.C. British Museum, Londres, 1971,11-1.1.

Tal vez la primera aparición iconográfica individualizada de Dioniso sea en un dinos ático de Sófilo de 570 a.C. (figura 6) que, junto con el famoso y ya mencionado vaso François, quizá fechable una década más tarde, retrata a Dioniso en el cortejo de dioses que se dirige hacia las bodas de Tetis y Peleo para presentar sus regalos. El don de Dioniso, un cántaro con el vino embriagador, lo configura como un personaje único y peculiar en ese banquete nupcial primigenio entre dioses y hombres que engendra, como en un *Big Bang* de la mitología griega, todos los relatos de los héroes griegos, más allá de las fronteras estrictas del ciclo troyano. Dioniso aparece como un dios acaso más rústico o menos civilizado que los demás que desfilan en ambas piezas de cerámica, que están ciertamente perfilados como grandes señores de la época arcaica. Pero se diría que Dioniso, porque precisamente viene de un mundo en los márgenes y en la frontera de la *polis* con la agricultura, nos conoce mejor a la vez: esa mirada de frente (figura 4) seguramente no responde a un programa iconográfico amable, sino inquietante.⁸ Quizá también así se explicita su peculiar situación entre los mundos humano y divino en la separación de Dioniso con respecto a los otros dioses. Es obvio que Dioniso sitúa a la *polis*, al colectivo —tanto como al individuo— en otra dimensión y otro estado, en una suerte de éxtasis —entendido etimológicamente— lleno de riesgos y oportunidades a la vez:

por un lado, en sus ritos violentos y misteriosos, por otro, en festividades en las que toda la población por igual abandonaba por el momento su estado actual y compartía una nueva *koíno-nía* festiva y utópica.

Su figura y su culto festivo se introducen en la ciudad desde allende las fronteras de la comunidad, a menudo en un barco,⁹ como recuerda el mito narrado en el *Himno homérico a Dioniso*, sobre la epifanía del dios en el barco de los piratas tirrenos que lo habían raptado y como recoge una famosa *kylix* ática de Exequias en las *Antikensammlungen* de Múnich (figura 7), con Dioniso en el barco florido y rodeado por delfines. Este «dios de la llegada» aparecía en Atenas sobre un barco que inauguraba sus más importantes festividades, las que culminaban con la boda sagrada entre Dioniso y la mujer del arconte *basileus*, que enlaza ciertamente, como veremos, con el mito de Ariadna.

Pero ¿qué nos dice el mito sobre ese dios que llega a poner un pie en Naxos, con el difícil equilibrio que pinta Tiziano, para despertar a Ariadna? Nada sino la antigua mitología puede introducirnos en el camino simbólico adecuado para afrontar los retazos del conocimiento que se deben rastrear a continuación. Por eso, mi primera intención será seguir a los mitólogos en la presentación de Dioniso, con una recopilación de las leyendas en las fuentes más importantes, sin ánimo exhaustivo, para partir de la base de la tradición clásica antes de entrar en el análisis del Dioniso salvífico y del mitema de Ariadna.¹⁰ Huelga decir que, al hilo de la presentación de los temas míticos en la biografía literaria del dios griego, surgirán también aspectos dignos de un comentario histórico o socio-histórico en el marco del estudio de la religión griega. Por eso, en un segundo momento, nos interesará especialmente constatar la relevancia sociopolítica de esta rica tradición de mitos dionisiacos, exponiendo un panorama de lo que pueden considerarse sus diversos campos de acción y funciones en la antigua sociedad griega y, por extensión, en el mundo helenístico y romano.¹¹



Figura 7. Copa de Dioniso. *Kylix* ática de figuras negras con Dioniso en un barco entre delfines, c. 530 a.C. Staatliche Antikensammlungen, Múnich, Inv. 2044.

3. Nacimiento de Dioniso

Dioniso, según la mayoría de las versiones,¹² es hijo de Zeus y Sémele, la hija de Cadmo, y sus orígenes míticos lo relacionan con Tebas. Su nacimiento de una mortal no implica que haya tenido que pasar por una divinización, como le ocurre a su primo Heracles, sino que más bien experimentará una peripecia iniciática que, tras un recorrido por la tierra, culminará en una apoteosis. Los mitos recogen el paso de Dioniso, que ha de reivindicar su divinidad, por el mundo difundiendo sus dones, la danza, el éxtasis y el vino, invitando a la celebración liberadora e inquietante de sus misterios. A medio camino entre el hombre y el dios, su concepción fue la que cuenta el mito teba-

no: Zeus se unió a Sémele, pero esta desconfiaba de la naturaleza divina de su amante e, instada por la celosa Hera, metamorfoseada en vieja criada, resolvió pedirle pruebas a su amante de que era en verdad el gran dios de los cielos. Zeus no podía negarse, por los votos que con ella había contraído, pese a saber que, si se presentaba en todo su poder celeste, Sémele moriría abrasada por sus relámpagos. Finalmente Zeus se mostró como dios del rayo, y al punto Sémele se abrasó, con lo que el mito evidencia los riesgos de la hierogamia y, sobre todo, de la desconfianza en los dioses.¹³

Bien por quedar paralizada ante la majestad divina y dar a luz prematuramente o bien por haber sido calcinada por el fuego de Zeus, Sémele perdió a su retoño y pasó a habitar el Hades. Pero, en una de esas intervenciones mágicas de los dioses, Zeus —o quizá Hermes, según relata Apolonio en las *Argonáuticas*, 4.1137— pudo salvar al pequeño, en el que había puestas grandes esperanzas, del vientre de la princesa malograda. Cosió al futuro Dioniso, un feto aún sin formar del todo, a su muslo hasta que se cumpliera el periodo de gestación.¹⁴ Después, como recoge con detalle la cerámica griega, Dioniso, llamado por eso «dos veces nacido» —otros epítetos que hacen referencia al episodio son «nacido del fuego», «cosido al muslo», «de dos madres»—, brotó del muslo de Zeus en un parto insólito y paralelo a la historia del nacimiento de Asclepio, arrancado del cadáver de la infiel Corónide por el vengativo Apolo, que culminó su gestación en un árbol (figura 8). En la iconografía, la relación especial que tiene Dioniso con su padre Zeus, como niño dios e hijo predilecto, queda acreditada en las numerosas representaciones que tiene sobre las rodillas de su padre e incluso con inscripciones que le llaman *Dios phos*, es decir, «luz de Zeus».¹⁵

En su faceta del dos veces nacido, el honrado por el diti-rambo, Dioniso se plantea, frente a un Hermes que ejemplifica el tránsito entre dos mundos, como una divinidad que promueve ante todo el mestizaje entre géneros, edades, estados, condiciones y, especialmente, entre el mundo rústico y urbano, con una especial repercusión de su papel integrador de la

vegetación y lo agrícola en la ciudad.¹⁶ Sus plantas exuberantes, la hiedra, la higuera, la vid, las frutas y los vegetales en general, junto con bebidas como la leche, la miel y el vino, aparecen en todos los ámbitos literarios e iconográficos relacionados con la generosidad y la superabundancia. Pese a su faceta cruenta de los ritos orgiásticos con el consumo de carne cruda, Dioniso también es el dios vegetal y vegetarianista en la exaltación del mundo de las plantas, que proporciona un estrecho vínculo con el mundo natural. Más que de una íntima relación se puede hablar incluso de una identificación entre las bestias salvajes y el dionisismo. Los animales simbólicos del dios son, especialmente, la serpiente y el toro, con la adición de otros como el macho cabrío y los grandes felinos. El dominio sobre los animales le hace competir también con alguna de las facetas de Ártemis como señora de las bestias.¹⁷

Sobre sus orígenes aun hay otras versiones con rasgos locales o propios de un determinado culto. Una tradición recoge la leyenda del nacimiento de Dioniso del dios egipcio Amón, a menudo identificado con el gran Zeus desde época helenística, y de Amaltea. El dios supremo confió a Dioniso a la ninfa de la cueva del monte Nisa, donde fue criado conjuntamente por la diosa Atenea. Otro mito, más minoritario, hace a Dioniso hijo de Zeus y Perséfone: este es Zagreo, el Dioniso de la tradición órfica, que es citado en los textos sagrados de estos misterios. Zagreo, un primer Dioniso malogrado, estaba destinado a ocupar el trono de Zeus, cumpliendo la sucesión de su padre y a convertirse en la cuarta generación de reyes del universo, después de Urano, Crono y el propio Zeus.¹⁸ Con él se convierte Dioniso desde el principio en el dios niño —o niño dios— por excelencia de la mitología griega. Pero la celosa Hera truncó esta sucesión e instó a los Titanes a que, tras engañar al niño dios con bagatelas, le dieran muerte, lo despedazaran y devorasen, parte crudo y parte cocido.¹⁹ Pero hay versiones que afirman que no murió del todo y que fue reconstruido por Rea o Deméter.²⁰ Tal vez solo el corazón de Zagreo se salvó, quizá, en una cesta mística o disuelto en un bebedizo que luego, enlazando con la historia más conocida del Dioniso hijo de Sêmele,

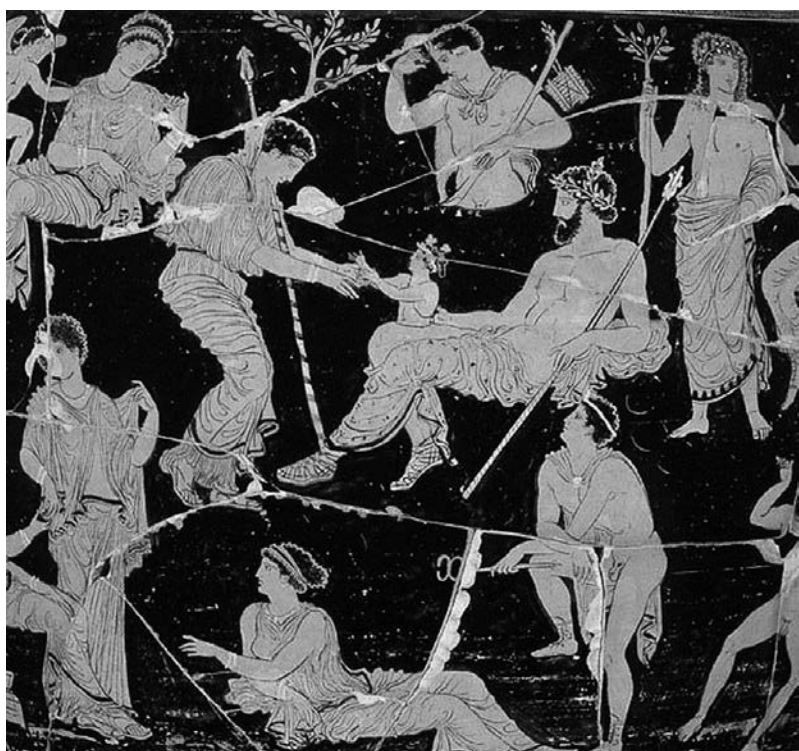


Figura 8. Crátera apulia de figuras rojas con el nacimiento de Dioniso, *c.* 400 a.C. Museo Archeologico Nazionale, Tarento, n.º 8264.

ingirió la princesa tebana. Con esa historia se conectan los orígenes de la humanidad cuando Zeus, encolerizado por la muerte de su hijo y heredero Zagreo, redujo a sus asesinos, los titanes, a cenizas con su rayo. Según esa tradición, el género humano nace de la argamasa primordial formada por los restos de esos titanes malvados, lo que explica su doble condición, telúrica y celeste, violenta y divina, por nacer de unos seres primigenios, los titanes, que habían comido al niño dios, a Zagreo, el futuro y malogrado rey de dioses.²¹

Hay aún una tercera variante del nacimiento de Dioniso, esta vez originaria de Lacedemonia, que afirma que cuando el padre de Sémele, el rey Cadmo de Tebas, supo que la princesa estaba embarazada de Zeus, la puso en un cofre y la arrojó al

mar, en una clara contaminación con el mito de Dánae y su hijo Perseo, también habido por Zeus. Al fin, las olas llevaron el cofre a la costa laconia, a Brasias, donde los habitantes hallaron muerta a Sémele, pero Dioniso fue criado por Ino y sobrevivió pese a todo para cumplir su destino de dios.²²

Aunque la madre de Dioniso suele ser Sémele o Perséfone, en las tradiciones más difundidas, otros autores le adjudican madres diferentes, Deméter, Io, Dione, Arge, Iris, o incluso Lete, divinidad infernal.²³ En todo caso, nunca olvida a sus madres y esposas este dios de las mujeres, cercano a la condición de las que son sus sacerdotisas con preferencia. Las honró de diversas maneras, como amantes divinizadas, en el caso de Ariadna, o consagradas como madres, como las ninfas Aura y Palene, y parece que llegó a rescatar a su madre Sémele del Hades y la divinizó con el nombre de Tione.²⁴ Y allí por donde la sacó del reino de los muertos se fundó un templo posteriormente, dedicado a Ártemis, que aún mostraban los habitantes de Trecén en época romana, mientras que los de Argos decían que en su territorio había salido Sémele del Hades.²⁵ Había otros lugares que se decían escenario de tal episodio. Pero según el mito más conocido, Dioniso, en su faceta de dios que mezcla los dos mundos, el de los vivos y el de los muertos, descendió al Hades a través del lago de Lerna y le pidió al rey de los infiernos que liberase a su madre Sémele para divinizarla a cambio del mirto, que desde entonces es una planta dedicada al dios de los muertos.

4. La imagen mestiza

Su padre es madre, y acaso de ahí viene el origen de la especial relación de Dioniso con las mujeres, pues se mueve en los límites entre los sexos, siempre en la ambigüedad y la hibridación, como atestiguan sus mitos. Esto se constata en el hecho de que este dios, en la literatura y la iconografía, siempre está rodeado de mujeres. En realidad la figura del eterno femenino en el culto dionisiaco parece ser a todas luces la nodriza que se con-

vierte en amada y cuya imagen más perfecta es, naturalmente, Ariadna. Uno de los *Himnos homéricos* dedicados a Dioniso, le llama el dios «que enloquece a las mujeres» (*gynaimanés*, Hom. H. 1.17), con lo que se señala ya desde antiguo su efecto sobre las mujeres como *Frauengott* y patrón de un mundo femenino donde las mujeres lo esperan, lo veneran, despiertan de su existencia cotidiana y lo acompañan por doquier. Otro ejemplo se ve también en el *Himno homérico 7 a Dioniso*, en sus menciones en Esquilo y en Eurípides, como extranjero o híbrido entre macho y hembra. Pese a toda la voluptuosidad del arte dionisiaco, hay que señalar que, en su origen, el erotismo es solo un elemento periférico tanto en las representaciones de tíasos como en cuanto al episodio de Ariadna. Nunca se verá a Dioniso en acto sexual con las mujeres de su cohorte o con su cónyuge. Antes al contrario, su patrocinio y cercanía con lo femenino se centra sobre todo en otros aspectos, como el *hierógamos*, el embarazo y parto en el submundo, el tránsito entre el Hades y la apoteosis: todos los aspectos, en fin, que subrayan el misterio de lo femenino como productor de vida y a la vez de muerte, que es lo que se atisba en todo el culto de Dioniso. No es de extrañar, a ese respecto, que Nietzsche interpretara la figura del eterno femenino dionisiaco, personificada por supuesto en Ariadna, de una manera constante y casi obsesiva como una de sus claves hermenéuticas.²⁶ En el juego de oposiciones del estructuralismo, tan productivo en el estudio de la mitología, la relación especial de Dioniso y las mujeres se puede ejemplificar también en su vínculo con el agua. Dioniso es «patrón de todo elemento húmedo» (Plutarco, *De Is. et Os.* 35), según la idea ya antigua de que el agua era un aspecto femenino de la mitología griega.²⁷

Dioniso es una divinidad dual, cercana y a la vez extraña, y marcada desde su propio nacimiento por un duradero nexo con el ser humano que a este le sirve para aproximarse, con sus riesgos pero también con sus potenciales beneficios, a la esfera de lo divino mediante una ligazón de ida y vuelta entre la vida y la muerte. Desde su nacimiento se desvela una íntima conexión con el otro mundo²⁸ que acaso le otorga casi naturalmen-

te su condición de personificación de fuerza cíclica de la regeneración vegetal. Eso es lo que encarna, por otro lado, su propio don, el vino que procede de la viña. El mundo vegetal le adora como patrón de la naturaleza húmeda y nutricia, que pervive tras la destrucción.²⁹ Y el mundo animal le venera porque saca a los hombres de sí mismos y los lleva a una extraña comunión con el lado irracional, o más bien con la esencia olvidada de los hombres antiguos de la Edad de Oro, en la que los medios de vida y la comunidad (*koinonía*) eran compartidos con las bestias.

También su imagen es cambiante, mestiza e híbrida: viril y afeminado, hombre y animal, joven y viejo, siempre incide Dioniso en las ambigüedades e hibridaciones, que tan gratas le son y por las que se define en sus mitos. Sus más antiguas representaciones son hermas barbadas parecidas a las de su medio hermano, y predilecto cuidador, Hermes, adornadas con el falo de la fertilidad que también le es propio. Pero en el arte clásico más usual lo encontramos ocupando realmente las tres edades humanas en las que le caracterizan los mitos: como niño dios, siendo cuidado por Hermes o las ninfas, como dios adulto, barbado y digno, en representaciones de cerámica, con ropajes orientales y larga cabellera, o como joven imberbe y afeminado, como en una conocida escultura del Museo del Prado (figura 9).³⁰ La máscara es otro de sus símbolos más perdurables, que da fe de su capacidad de ser uno y diverso.³¹ Pero también se evidencia su carácter híbrido con el mundo animal en la iconografía, pues se le representa a veces con cuernos de toro o de macho cabrío. Sus símbolos incluyen el tirso, un bastón que combina algunas de sus plantas consagradas, el falo, en cuanto a la fertilidad, y la mencionada máscara como elemento de culto y de extrañamiento en el teatro.³²

5. El niño dios

En cualquier caso, tras su nacimiento, se cuentan varias historias sobre cómo su padre Zeus quiso alejarle de la ira de Hera.

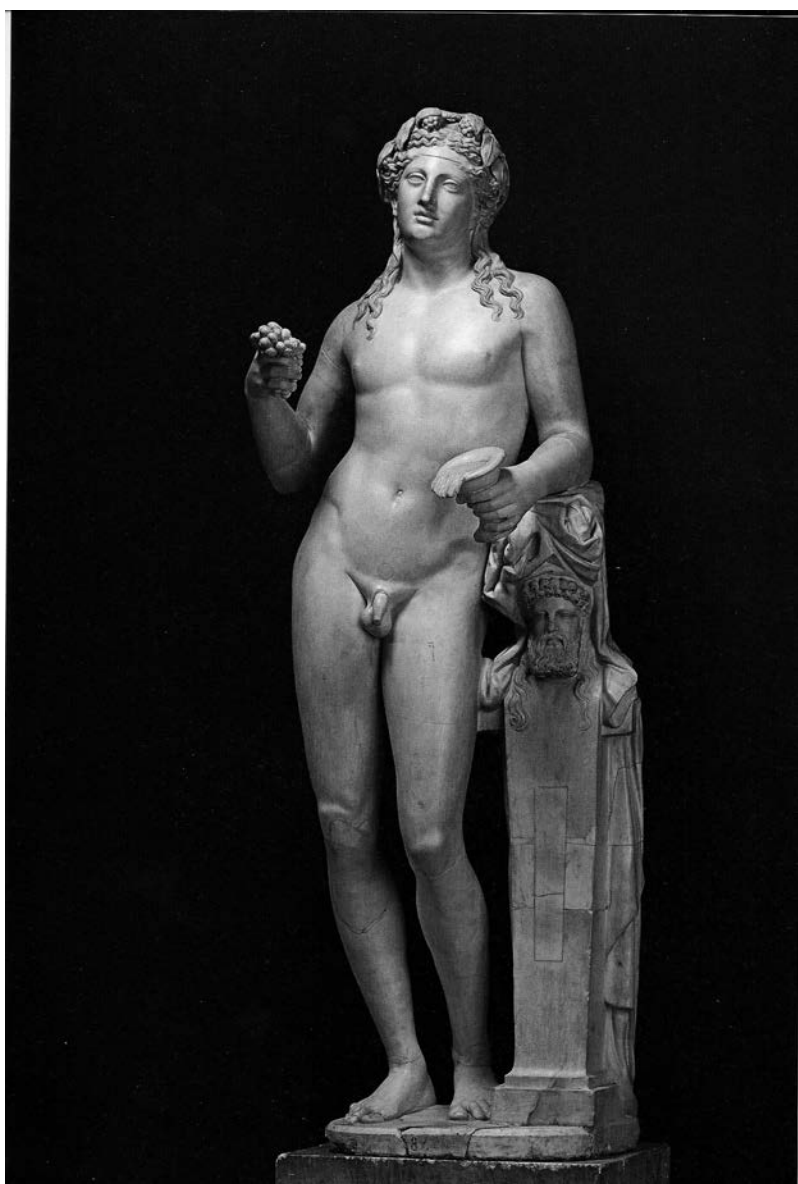


Figura 9. *Dioniso*, c. 150. Museo del Prado, n.º E00087.

A veces, lo encomienda para su crianza a Hermes, su hermanastro y dios de la mediación, que a su vez lo confió a unas ninfas o bien se lo llevó a Ino y Atamante.³³ Otras, como para



Figura 10. *Hermes con Dioniso niño*, de Praxíteles, 350-330 a.C.
Museo Arqueológico de Olimpia.

las fuentes órficas, se lo entrega a Perséfone o a Rea.³⁴ A menudo aparecerá el Dioniso niño en la iconografía con Hermes, como en la conocida estatua de Praxíteles que se encuentra en el Museo Arqueológico de Olimpia (figura 10). En la iconografía es muy relevante esta configuración de Dioniso como el niño divino por excelencia: desde su nacimiento a su crianza, Dioniso aparecerá en diversas fases en la iconografía, en el paso de un «niño divino» a un «dios infantil».³⁵ Atamante e Ino lo vistieron con ropas de niña, para que pasara inadvertido a Hera, pero esta, como castigo, los volvió locos: Atamante mató a uno de sus hijos tomándolo por un ciervo e Ino acabó con su hijo Melicertes, aunque luego fueron salvados por las divinidades marinas. Hay una tradición que dice que Zeus recompensó a la pareja, tras el funesto episodio de locura, ascendiéndolos al firmamento tras su muerte.³⁶ Luego, Zeus habría transformado a Dioniso en cabrito para salvarlo tanto de Hera como de la locura de Atamante y lo habría enviado a Nisa para que fuera criado por las ninfas de aquel lugar legendario,³⁷ surgido en una isla solitaria formada por el río Tritón. También en los cuidados y la crianza de Dioniso se ve claramente la importancia de las mujeres: Ino, las ninfas o las nodrizas del dios, de las que se conservan listas de nombres parlantes, se relacionan con él en estos primeros años de infancia.

Unas veces son una serie de ninfas de un monte también llamado Nisa —o una ninfa epónima de tal nombre—, lugar situado a veces en Tracia o en la ignota isla del mismo nombre ya citada, otras una serie de personajes femeninos que, a modo de las musas de Apolo, seguirán desde entonces al dios como bacantes o ménades, mujeres consagradas al culto del dios que reciben diversos nombres según los lugares y las tradiciones. En Tracia, Frigia o Naxos se habla de Mimalones y Basárides, de Filía, Corónide y Cléida, nodrizas y compañeras del dios en sus primeros años.³⁸ Parece que también las Gracias, Eufrosine, Talía y Áglae, hijas de Zeus y Eurínome (hija de Océano), divinidades de la belleza que pertenecen al séquito de Apolo o del propio Zeus, estuvieron al principio al

lado de Dioniso como miembros de su cortejo y que en Olimpia incluso compartían un altar.³⁹ Luego serían sustituidas por un tipo de seguidoras muy singular y más característico del dionisismo, las bacantes, que en la iconografía aparecen empuñando el tirso entrelazado de hiedra y encorvándose en éxtasis con el cuello torsionado, la cabellera suelta y la cabeza hacia adelante y atrás, tal y como las representan dos relieves de El Prado (figuras 11 y 12).

El detalle de que el niño Dioniso fuera vestido con ropas de niña, o que se le criara como a una niña, según algunas versiones del mito de Ino y Atamante,⁴⁰ induce a subrayar aun el cruce de sexos y papeles que es tan característico de Dioniso y su continuo patronazgo sobre las mujeres. Y es que Dioniso, dios de las féminas, también es un dios afeminado, y son muchos los testimonios desde antiguo de que su figura supone un cruce de géneros y representa una suma ambigüedad. El hecho de que aparezca en ocasiones relacionado con Cibele, la diosa de los castrados, da lugar a comentarios en ese sentido en las fuentes.⁴¹ El «extranjero afeminado» que Penteo rechaza como divinidad en *Las Bacantes* de Eurípides (350 ss.) será, paradójicamente, el dios poderosísimo que trastorne al joven rey para que desee travestirse e ir a espiar los ritos de las mujeres de su cortejo a los montes. Y hay diversos pasajes de la literatura clásica que representan a Dioniso como afeminado e incluso homosexual, siendo el calificativo de «andrógino» uno de los que se le dedican, por ejemplo, en la enciclopedia bizantina *Suda* (siglo x). Se le reconocen a ese respecto dos amores masculinos, Ámpelo, joven al que perdió, a imagen de los amados de Apolo, Jacinto y Cipariso, por los celos de otra divinidad, en este caso Selene. Muerto tras montar un toro salvaje, el joven fue transformado en la viña, que es lo que significa su nombre, viviendo para siempre, o bien experimentó una apoteosis convirtiéndose en la estrella de Vinde-mitor.⁴² Su leyenda es comparable con la de Ariadna, consorte oficial de Dioniso, que también experimenta un catasterismo similar a modo de inmortalización. Otro amor masculino de Dioniso es Polimno (también llamado Hiplipno o Prosimno),



Figura 11. Relieve romano del siglo II de una ménade bailando con un tirso, copia de un original ateniense de finales del siglo V a.C. Museo del Prado, E-46.



Figura 12. Relieve romano del siglo II de una ménade bailando con un tirso, copia de un original ateniense de finales del siglo V a.C. Museo del Prado, E-42.

un joven que, según una leyenda, le enseñó al dios la puerta hacia el más allá, en Nemea, cuando pretendía rescatar el alma de su madre Sémele.⁴³ Como recompensa el joven solicitó los favores sexuales de Dioniso. Por último, como prueba de la relación de Dioniso con la homosexualidad, se suele aducir una fábula de Esopo sobre la creación de los hombres que cuenta, como otras de la colección, que Prometeo creó a los hombres del barro pero con la curiosidad de que los homosexuales surgen de un momento en que Prometeo se durmió y Dioniso continuó por un momento su tarea.